

CAPITULO LXXXI.

Propósitos de D. Felipe con respecto á Inglaterra.—Noticias del grave estado de Luis XV.—Es enviado á Francia como agente secreto el abad de Montgon.—Instrucciones que recibe.—Su conducta.—Preparativos contra Gibraltar.

En este estado las cosas, D. Felipe, á quien ya cansaba el estado y la situación problemática en que se hallaba, deseaba salir de una vez de la duda que con respecto á Gibraltar tenía, é intentó recuperar esta plaza, viendo que por parte de Inglaterra no se hacía nada para el cumplimiento del artículo de un tratado en que la devolución de esta plaza quedaba acordada.

La empresa que se intentaba era por demas ardua y peligrosa, pues debían haberse tenido muy presentes los escarmentos de la vez anterior; así lo hicieron presente varios hombres, cuyo patriotismo acendrado no podía ponerse en duda, así como tampoco su pericia y conocimientos militares, pero en aquella situación fueron desatendidos por la voluntad firme del Rey. Noticioso el embajador inglés, lord Stanhope, de lo que se trataba, se avisó varias veces con el marqués de la Paz, y en estas entrevistas procuró hacerle comprender lo arriesgado del intento, para que por parte del Gobierno español se desistiera de aquel propósito del Rey. Nada consiguió tampoco, y en aquel estado se avisó al almirante inglés Hopson, que era el jefe de la escuadra que recorría nuestras costas, para que sin pérdida de momento se dirigiera á Gibraltar y se aprestara á la defensa de la plaza, dándole extensa y detallada cuenta de los preparativos que en nuestra nación se llevaban á cabo para acometerla. Nuestros generales, en su mayor parte, procuraron disuadir al Rey de su empeño, siendo el que más explícitamente se opuso el marqués de Villadarias, que era de los escarmentados de la vez anterior; mas á su parecer se manifestó contrario el conde de las Torres, virey de Navarra, que dijo ser asequible y fácil la empresa, revelando con esto que su prudencia no estaba ni con mucho en relación con el acreditado valor que se le reconocía. Fácil es comprender que, dadas las miras del Rey, esta opinión fué la que prevaleció, y el conde de las Torres recibió el nombramiento de general en jefe del ejército destinado á la recuperación de la plaza de Gibraltar.

Cuando más avanzaban los preparativos y más y más próxima se creía la ruptura con Inglaterra, se recibieron noticias de Francia dando cuenta de la grave enfermedad que había acometido á Luis XV, y que, según la opinión general de todos los facultativos, le había de producir la muerte. Nuevamente, como ya en otra ocasión había sucedido, el Rey y la Reina sintieron renacer en sí la ambición de heredar aquella corona, á la que aún D. Felipe se creía con perfecto derecho, á pesar de las expresas renunciaciones que en distintas ocasiones había hecho. Preocupados ambos esposos con esta idea comprendieron la necesidad de enviar á Francia un agente secreto que los informara de cuanto allí ocurriera y para este puesto ninguno les pareció tan apto y adecuado como el abad Montgon, francés de origen, que, con ocasión de la abdicación y retiro del Rey á la Granja, solicitó de su Gobierno el permiso de acompañarle, manifestando que no le llevaba el deseo de los honores y recompensas, sino que anhelaba sólo ser testigo de las virtudes de Su Majestad, para inspirarse en ellas y consolarle y fortalecerle en su retiro. El duque de Borbon le concedió el referido permiso y vivió en la Granja con el Rey hasta que, cuando éste volvió al trono, pasó á la corte y obtuvo autorización de su Gobierno para entrar al servicio de España.

Acordado por los Reyes que pasara á Francia en calidad de agente secreto, la Reina le dió, escritos de su puño y letra, unos apuntes con los que se había de presentar al cardenal Fleury, y que eran como el pretexto de su ida y estancia en aquel país. Además recibió del Rey amplias y minuciosas instrucciones con arreglo á las que había de obrar. Manifiestan tan claramente el deseo de D. Felipe de ceñir la corona de Francia, que no titubamos en darlas á conocer.

Llevaron fecha del 24 de diciembre de 1726, y en ellas se le ordenaba que pasara *incontinenti* á Francia, «en donde procurando conocer aquellos que me son afectos, los que son afectos á la casa de Orleans, igualmente que los indiferentes, me déis parte de todo, haciendo lo posible para aumentar el número de los primeros sin explicarse demasiado, porque muchos, con el pretexto de decir que me son afectos, podrían descubrir el misterio y servirse del para oponerse en llegando la ocasión, y aún perjudicar el estado presente de mis negocios.—No comunicaréis cosa alguna de vuestra comisión ni al cardenal Fleury ni al conde de Morville (ministro de la Guerra), al primero por su compromiso con la casa de Orleans y también porque, de algún tiempo á esta parte, tengo motivos para desconfiar del. Tratad con él como particular, pero no le hablaréis de negocios á menos de recibir órdenes más terminantes. Por lo que hace al conde de Morville sé que está totalmente en la dependencia de los ingleses; por lo mismo, debéis tratarle con cautela y sacar de él las noticias que pudierais y comunicarélas.»

«Procuraréis manejarlos de modo que no déis la menor sospecha á los ministros del Emperador; tratad con ellos como con los demas y no darles á conocer ni á sospechar que lleváis encargo particular mío ni ahora ni nunca sin orden expresa mía.»

«Me daréis parte hasta de las menores bagatelas, procurando para esto introducirlos cuanto sea posible, pero sin afectación.»

«Vuestro tren en Paris ha de ser el de un simple particular, evitando daros aquel aire de que suelen revestirse los ministros, porque serán muchos los que os observarán.»

«No hablaréis nunca de reconciliación, atendido el estado en que están ahora las cosas.»

«Procuraréis en el mejor modo posible ganar al duque de Borbon, asegurándole que si quiere empeñarse en mi causa, que es la justa, olvidaré lo pasado y podrá esperar en mí todo género de atención y amistad hacia su persona. Esto exige todo vuestro cuidado y sagacidad, por lo que importa el secreto impenetrable sobre esta materia.»

«Conviene no ignoréis que el marqués de Pompadour es y ha sido siempre amigo... (Siguen instrucciones sobre cómo había de tratar á éste y á otros).»

«Os doy una carta credencial de mi mano para el Parlamento, á fin de que la presentéis luego que fallezca el Rey, mi sobrino, en la cual ordeno que en cuanto suceda el fallecimiento se me proclame rey de Francia.»

«Me informaréis en llegando á Paris si debo escribir algunas cartas sobre esto á los diferentes órdenes del estado, así eclesiásticos como seculares.»

«Si es necesario nombrar un consejo de gabinete ó cualquier otro, ó un regente, durante mi ausencia, me avisaréis designando las personas que tuvierais por más á propósito para ello, así como también si la Reina, sobreviviendo al Rey, necesita custodios que cuiden de su preñado y de lo que pudiera acaecer.»

«Luego que veáis al Rey, mi sobrino, acometido de algún síntoma peligroso, me despacharéis un correo, y si llegase á morir, otro con esta noticia.—(Seguían advertencias de cómo había de seguir la correspondencia, y le prevenía que la guardara, así como esta instrucción, de modo que nadie la pudiera jamás encontrar).—Madrid 24 de diciembre de 1726.—Firmado, Felipe.»

Según el historiador Walpole, nuestro enviado estuvo muy distante de seguir la conducta que en las instrucciones se le comunicaban, y conducirse con la prudencia que debía, pues todo lo hizo al contrario de cómo se le había dicho. Tal fué la manera de presentarse, que desde la primera entrevista el cardenal Fleury supo averiguar la misión que á Francia le llevaba y hasta llegó á ver las órdenes que se le habían encomendado. En una de las instrucciones que el Rey le dió se le prohibió el que hablara de reconciliación con el ministro de la Guerra de Francia, pues se sabía que éste era decidido favorecedor de los intereses de Inglaterra, y fué una de las cosas á que también faltó. Todos los ministros franceses lo agasajaron y contemplaron hasta tanto que llegaron á saber lo que á Francia le llevaba, y cuando á Fleury le pareció, supo hábilmente desprenderse de él.

Volvió Montgon á España, siendo portador de gratas noticias para D. Felipe, pues le expuso que eran muchos y de importancia sus parciales en el reino vecino, así como también la opinión pública le era por extremo favorable, lo cual era cierto, y produjo en nuestros Reyes grande alegría. Declamó grandemente contra el cardenal Fleury, y sin advertir que se había dejado allí la clave de los misterios, se creyeron en la necesidad de recompensar largamente sus servicios, como así lo hicieron.

Por aquel tiempo dieron comienzo las hostilidades contra Inglaterra, pues, como hemos dicho, era firme y decidido el propósito de romper las relaciones con aquella nación. Anteriormente hemos manifestado que el almirante Hossier había bloqueado á Portobelo en las Indias Occidentales, y de este hecho, cuando nuestro Gobierno pidió satisfacción, hemos visto también que el Gabinete inglés excusó dadas. Como tal situación continuaba, por orden del Rey fué apresado en represalias el vapor de la Compañía del Sur *Príncipe Federico*, que con rumbo á Europa venía cargado de géneros de cuantioso valor.

El rey Jorge de Inglaterra, cuando tuvo conocimiento de esto y de que un ejército compuesto de veinticinco mil hombres se había reunido en Andalucía con objeto de atacar la plaza de Gibraltar, convocó las Cámaras en 28 de enero de 1727, y en ellas dió extensa cuenta del estado en que la nación se hallaba, de los preparativos que contra la Gran Bretaña hacía España y de las relaciones de ésta con Viena y sus tratados secretos, señalando éstos como causa de los trastornos que se advertían en toda Europa. Al mismo tiempo que por los principales puntos de Inglaterra circulaban libelos de oposición, censurando agria y duramente la conducta del ministerio, al que achacaban, por su tirantéz, la situación por demas comprometida á que se había llegado, en la Cámara había largos y animados debates en los que por una parte se veían vehementes deseos de declarar la guerra para probar, según decían, que no podían nada las insidiosas alianzas, mientras que otros más prudentes y reflexivos se oponían á las violentas medidas alegadas por la pasión, siendo muy de tener presente la frase pronunciada por un célebre orador de aquel tiempo, que terminó su discurso en contra, diciendo: «Si en la guerra que queremos emprender somos superiores ¿qué vamos á ganar? Nada. Si somos vencidos ¿qué aventuramos? Todo.»



J. SERRA, IN.

LA VIDAL, OLMO, ST.

SITIO DE GIBRALTAR EN 1727.

Riera, editor, Barcelona, Robador, 24 y 26

CAPITULO LXXXII.

Preparativos de guerra en la Gran Bretaña.—Nuestras fuerzas formalizan el sitio de Gibraltar.—Desgracias acaecidas á la escuadra inglesa de las Indias.—Arribo feliz á los puertos de Cádiz y la Coruña de nuestras naves.—Proyectos del general conde de las Torres.

Segun hemos indicado en el capítulo anterior, la idea de la declaración de la guerra encontró ruda oposición en la Gran Bretaña; mas á pesar de esto y de la protesta firmada por diez y ocho diputados de la Cámara, el Gobierno obtuvo mayoría, y el Parlamento votó los subsidios necesarios para atender á todas las contingencias de la campaña y sostener la defensa de la plaza contra la que se hacían tantos aprestos en España.

La nación entera, y en particular la ciudad de Londres, hicieron grandes sacrificios encaminados á que nada faltara en la bélica empresa; hombres había sobradamente que se prestaban á partir, pues, como en una ocasion habia manifestado el rey Jorge, era necesario proceder con excesiva cautela y sin igual cuidado en todo lo que se refiriera á la devolución de Gibraltar, á fin de que la opinion pública no se alarmara. Tanto hizo en pró de la causa dicha la municipalidad de la capital de Inglaterra, que el Rey, para demostrar su agradecimiento, dió un banquete á todos los individuos que la componian, en el que se gastaron más de mil quinientas libras. Un escritor de aquel tiempo refiere que era tan grande la alegría que reinaba, que en aquel suntuoso festin se agolaron mil doscientas botellas de vino y se tiraron al aire hasta cincuenta docenas de vasos.

Al mismo tiempo que fueron enviadas al puerto de Gibraltar todas las naves disponibles, con un número considerable de hombres y abundancia excesiva, si se quiere, de vituallas, se tomaron medidas conducentes para evitar todo intento de invasion por las costas, pues no olvidaba el Gobierno ingles las tentativas llevadas á cabo en tiempo de Alheroni, y no ignoraba que, al mismo tiempo que los aprestos que se organizaban en Andalucía contra Gibraltar, se reunían otras fuerzas en Galicia, que con seguridad habían de dirigirse tambien contra Inglaterra, dado el punto á que habían llegado las cosas.

El embajador del imperio alemán en Londres, conde de Palus, fué bruscamente despedido de aquella corte, y al mismo tiempo Holanda, Suecia y Dinamarca ratificaron de una manera expresa y terminante su adhesion al tratado de Hannover. En la frontera alemana se formó un ejército frances que parecia amenazar á aquel pais ó tener por objeto distraer fuerzas, con el propósito de que no pudieran ser enviadas en favor de España, y, como si todo se conjurase en contra nuestra, en aquellos momentos decisivos falleció la emperatriz Catalina de Rusia; privando de este modo de un fuerte y seguro apoyo á la alianza firmada con el Imperio y nuestra nacion. A pesar de todo esto el Emperador tomó sus medidas conducentes en el mayor número á garantir sus propios intereses. Envió fuerzas á los Países-Bajos para asegurar su posesion y formó dos ejércitos, de los que uno fué destinado al Rhin y otro á Italia, siendo mandados el primero por el principe Eugenio, y el segundo por el conde Guido de Staremberg, formando entre ambos un total de doscientos mil hombres entre infantería, caballería y demas armas.

Prusia, si bien en un principio se habia manifestado adicta á la liga de Hannover, al llegar la ocasion de la ruptura de las hostilidades, es decir, cuando realmente se hacia precisa su cooperacion, se mostraba indecisa, si bien algunos principes alemanes, decidiéndose al fin, enviaron sus fuerzas al Imperio.

Los veintinueve batallones que sumando unos doce mil hombres componian el ejército que destinábamos á Gibraltar, se pusieron en movimiento, aproximándose á la plaza en 30 de enero de 1727, comenzando poco despues las operaciones del sitio, que, sin ser interrumpidas, dieron por resultado el que fuera abierta la primera brecha el 22 de febrero, lo cual dió motivo á serias contestaciones entre nuestro general, conde de las Torres, y el gobernador de la plaza, sir Clayton.

Los navios ingleses se colocaron fuera de la línea de combate, y tan pronto como comenzó el fuego, cinco naves francesas que estaban en la bahía la abandonaron. Un cuerpo compuesto de unos dos mil hombres españoles avanzó valientemente hasta colocarse bajo los tiros del cañon de la plaza, pero bien pronto tuvieron que abandonar aquellas posiciones obligados por los fuegos de la escuadra inglesa, que al tener conocimiento de aquel movimiento audaz se aproximó á la playa de Levante.

Por una y otra parte continuaron las operaciones con singular empeño y ardor; las baterías de ambas partes continuaron un nutrido fuego sin interrupcion, hasta que al fin, el 5 de marzo, nuestras fuerzas, á costa de sensibles pérdidas, lograron apagar los fuegos de siete cañones con que nos hostilizaban los ingleses desde el fuerte de la reina Ana.

Recibidas las anteriores noticias en Madrid el embajador ingles Stanhope pidió con premura sus pasaportes, que, sin objecion de ninguna especie, le fueron expedidos por el marqués de la Paz el 11 del mismo mes, partiendo en seguida con toda su familia por Bayona y Paris.

El tiempo parecia favorecer muy poco nuestras operaciones de sitio; los vientos y las aguas eran casi continuos, imposibilitando la continuacion de los trabajos y aun destruyendo en varias ocasiones los que ya se habían realizado; mas no por esto desmaya-

ban nuestros ánimos, sino que, por el contrario, se seguía el fuego por todas nuestras baterías, algunas de las que contaban hasta veinte piezas. Lo mismo sucedía á los ingleses, y tan continuado fué su fuego que se les quedaron inutilizados varios cañones por no poder tener con ellos los cuidados que la artillería de aquel tiempo exigía y el forzado servicio á que se les estaba sujetando.

Las esperanzas nuestras crecieron, pues en aquel tiempo se supo lo malparada que se encontraba la escuadra inglesa que habia sido enviada á las Indias. Las enfermedades producían diariamente bajas considerables, y todos, lo mismo tripulantes que soldados, lo mismo los jefes que la tropa, estaban alarmados por la excesiva mortalidad. Para que todo fuera contrario á aquella nacion, la *espuma*, especie de carcoma que en aquellos mares abunda, principiaba á corroer los buques, y en tal apuro, el almirante despachó una embarcacion ligera para que á toda prisa viniera á dar cuenta á su Gobierno de la imposibilidad en que se hallaba de permanecer por más tiempo en aquellas aguas y lo necesario que se hacia que volvieran á los astilleros las naves para sufrir carena, pues de otro modo no podía responder de lo que sucediera.

Antes que el Gobierno de la Gran Bretaña pudiera tomar medida ni resolucion alguna el almirante se vió obligado á retirarse á la Jamaica; donde murió, así como tambien los dos comandantes que le sucedieron en el mando.

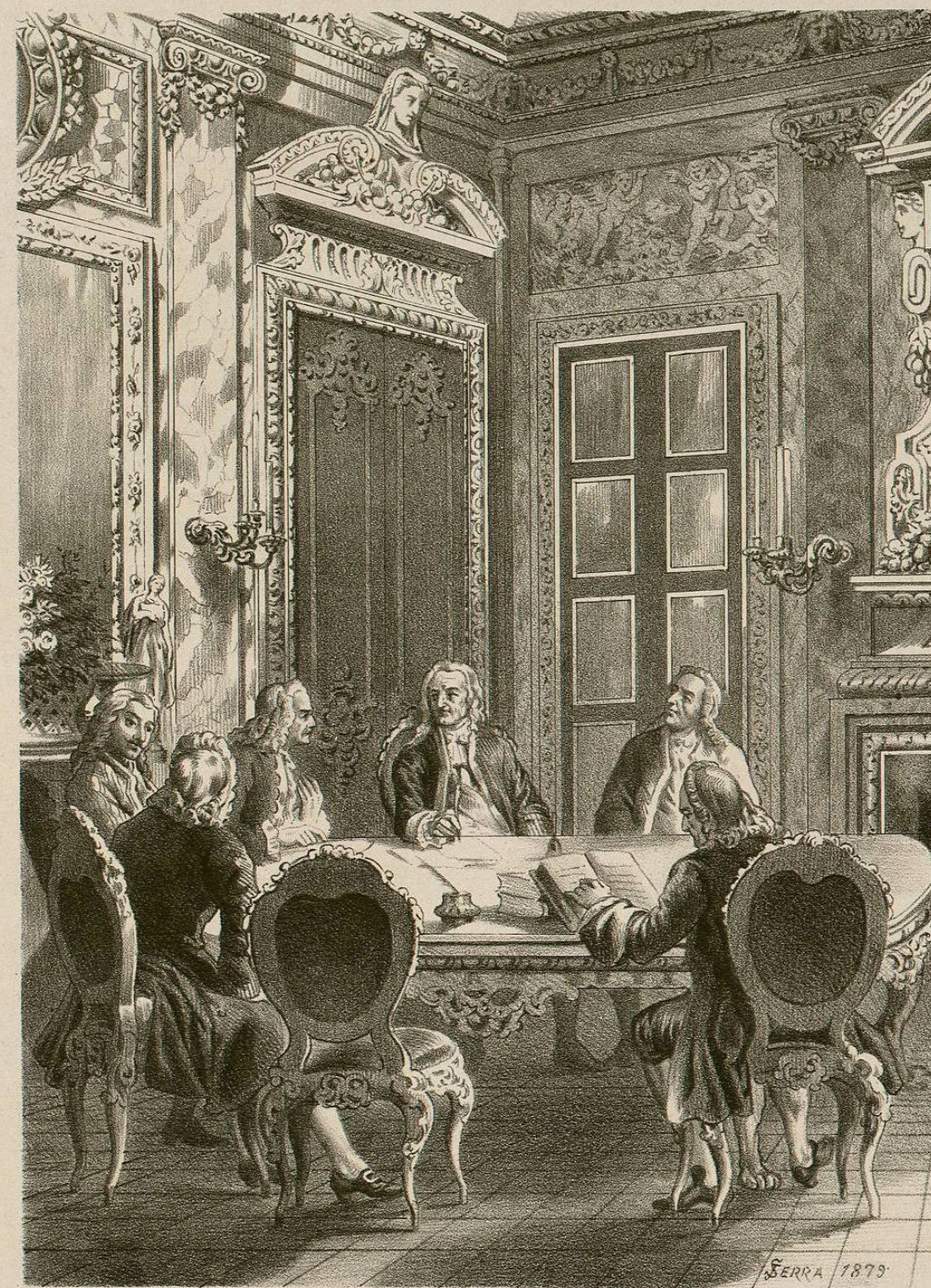
Todo esto favoreció en gran manera nuestros intereses, pues, retirada la escuadra inglesa, nuestras naves pudieron hacerse á la vela, y aunque en el camino fueron dispersadas por una terrible borrasca, llegaron á Cádiz los generales D. Antonio Castañeta y D. Antonio Serrano, cada uno con dos navios de sesenta cañones, en los que venia la mitad del tesoro que habia estado allí detenido con motivo del bloqueo que los ingleses establecieron. Pocos dias despues arribó á la Coruña el otro jefe de escuadra, D. Rodrigo de Torres, con cinco navios de guerra y otros mercantes, en los que era conducido el resto del tesoro, que tanto tiempo hacia se esperaba.

Todo el cargamento de esta flota se calculaba en diez y ocho millones, de los que quince venían en oro y plata y los tres restantes en mercaderías. Este feliz arribo fué celebrado por nuestro Monarca con una fiesta religiosa en Atocha, cantándose un solemne *Te-Deum*.

Castañeta fué recompensado con una pension de dos mil quinientos ducados anuales, y Serrano fué promovido al empleo de teniente general de marina. La corte de Londres al saber los daños sufridos se alarmó considerablemente, y todo el pueblo ingles se llenó de ixeelos y confusion, mucho mas al saber que todas eran felices nuevas para España, pues por aquel tiempo se recibió tambien la noticia de que los moros, que hacia veinticuatro años hostilizaban sin cesar la plaza de Ceuta, habían levantado definitivamente el sitio, determinacion á que se vieron obligados por las muchas disensiones suscitadas entre los hijos de Muley Ismael, rey de Mequinez, á su muerte, ocurrida precisamente en aquellas mismas circunstancias.

A pesar de todas estas buenas noticias y de las muchas y grandes seguridades que habia dado el conde de las Torres acerca de lo decisivo y provechoso de las operaciones del sitio de Gibraltar, se veía que no avanzaba nada, sino que, por el contrario, nuestras bajas eran cada dia más considerables, á causa de las enfermedades que se desarrollaron en el campamento, favorecidas por la crudeza del tiempo, llegando á ser serios y fundados los temores de que todo lo hecho y gastado fuera tan inútil como fué en la anterior campaña de 1705, máxime cuando se supo que, procedentes de Inglaterra, habían entrado en la plaza refuerzos y provisiones. Los generales habían elevado varias quejas al marqués de Castelar motivadas en el estado precario que se hallaban, y exponiendo que todo seria inútil, pues de la tenacidad del conde de las Torres no podría obtenerse más que la realizacion de sacrificios que ningun provechoso resultado podían dar. Recordaban que así lo habían manifestado en ocasion oportuna, apoyados en la respetable opinion en aquel asunto del marqués de Villadarias, jefe del sitio anterior, en el que con gran tenacidad habia insistido, teniendo al fin que conceder que no podría obtenerse nada, recordando que por su mismo empeño se habían elevado muchas quejas, como ahora sucedia con el de las Torres.

Este general no cesaba de dar al Rey las mayores seguridades de un próximo y feliz éxito, y en verdad que él hacia cuanto podia, hasta tal punto, que ya muchos de sus proyectos eran quiméricos, pues tal calificativo merece el que concibiera de minar el famoso peñon para hacerlo volar por medio de pólvora y que sepultara por completo á la poblacion. Al enunciar este medio, un escritor de aquel tiempo dice con mucha oportunidad: «Ultimo recurso de la imaginacion guerrera del conde de las Torres y que no sirvió sino para renovarnos la memoria de la caverna de Montesinos,» y bien cierto es que sólo risa puede inspirar semejante proyecto, debiendo haber desistido nuestro general al ver con la impasibilidad que los ingleses dejaban trabajar á nuestras fuerzas en la mina sin cuidarse de ello.



ENTREVISTA DE LOS EMBAJADORES DE FRANCIA, HOLANDA É INGLATERRA CON EL MARQUÉS DE LA PAZ.